

Alfabeto
de las hijas de Zeus
y de otros *barbas*
fantásticos
de Grecia

Manuel Palazón Blasco

Creative Commons Atribución/Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Licencia
Pública Internacional – CC BY-SA 4.0

Índice

- Prólogo...9
- Afrodita...11
- Hijas que ofreció Agamenón para el rescate de Aquiles...13
- Capuces de negruras muy diferentes que arrastraban algunas de las hijas de Agamenón que calzaron coturnos...15
- Alciones...21
- Antígona...25
- Ariadna...29
- (Palas) Atenea (I)...33
- (Palas) Atenea (II)...35
- Las hijas de Cócalo, el Siciliano...37
- Criseida...39
- Dánae...43
- Las Danaidas...45
- Las hijas de Eetes...51
- La hija de Équeto...53
- Escila...55
- Ifigenia...59
- Macaria Herculina...65
- Metra...67
- Mirra, Harpálice y Nictímena...69
- Palene...75
- Las hijas de Pelias...77
- Penélope y Nausícaa...81
- Pero...85
- Las Prétides...87
- Las Tespiades...89
- Hijas más o menos seguras de Tindáreo...91
- Autoridades...95

Prólogo

Traigo algunas de las fábulas de los gentiles (ésas que Sócrates¹ echaría, como a perros con mal de rabia, de su República ideal, porque son mentirosas e impías, y pudren el Estado, y *pierden* al hombre) que cuentan (y arman), con una libertad para la cual luego (desde que vamos detrás de Él) quedamos impedidos, lo que hay entre un *padre* y su *hija*. Son *noticias fingidas*, verdaderas y no.

Las he ordenado con pereza, desde la indiferencia del abecé, mirando la inicial de la muchacha, o la de su apellido menos cierto.

¹ Platón, *La República*, Libro III, I – II.

Afrodita

El Cielo, espadón, verraquea
su pérdida,
hipa.
Sus dídimos
estallados
han caído sobre el mar.
Baten las olas la nata fecundísima,
y nace
de la espuma (volverá desde ahora corazones y demás oficinas
del amor)
Venus,
hija
húmeda
de la herida
peor.

Algunos de sus apellidos repiten
la *historia* de su principio,
sus playas
primeras (Citera²,
Chipre³),
los cojones segados
de papá⁴,
su semen
muy nadador⁵.

² Citerea.

³ Ciprogénea.

⁴ Filomedea.

⁵ Afrodita.

Hijas que ofreció Agamenón para el rescate de Aquiles

Para que entibie la cólera de Aquiles que empieza
y tituló
la epopeya
el general Agamenón le devolverá, claro,
primero,
a Briseida, cautiva que fue favorita del Rubio (no la ha tocado,
dice),
y le regalaría siete trípodes
nuevos,
diez talentos de oro,
veinte calderas de bronce,
doce caballos
muy corredores,
siete labranderas lesbianas,
las más hermosas de su país,
siete villas fuertes
y marineras
que dan uva, y bueyes, y corderos,
y,
si ganásemos Troya,
tu nave mirmidona cargada de tesoros
y sus veinte doncellas mejores (a Elena
no).
Encima de todo eso podrá tomar,
de mis tres hijas,
Crisótemis, Laódice e Ifianasa,
la que prefirieses,
ricamente dotada.

Capuces de negruras muy diferentes
que arrastraban
algunas de las hijas de Agamenón
que calzaron coturnos

(I)

Electra vive aún en su casa,
la que fue de su padre,
de esclava,
comía aparte, en la cocina,
iba haraposa,
desastrada,
se secaba.
O bien,
porque la pedían todos los vecinos hijos de algo,
y Egisto temía que,
si se la daba a alguno de ellos,
pariría un príncipe vengador,
la casó con un pobre hombre,
villano,
y vive arrabalera,
miserable.
Y doncella aún,
que no arrimaba genitales con su marido,
pues respetaba él, aprensivo, su calidad.

Electra guardaba luto cabezón,
rabioso,
por su padre.
Cuidaba su tumba, mimaba
su fantasma.
Toda su dote la gastaba en honras
y pompas fúnebres.

Continuamente publicaba su querella,
con Corro de lloronas.
Cantaba el final horroroso del rey que fue.

Una hoguera arranca en el Ida,
cerca de Ilión,
y enciende luego el monte de Hermes en la isla de Lemnos,
el Atos de Dios Padre,
el Macisto,
el Mesapio,
el Citerón,
el Egíplanto
y el Aracne,
y ha alcanzado el palacio de los Atridas,
dice, ardió Troya,
y vuelve el amo,
Agamenón.
Un heraldo, más lento,
confirmará el rumor de las lumbres
repetidas.
Clitemnestra recibe a su marido disimulando su asco,
su odio,
con ricas alfombras,
haciendo la parte de la cuidadosa esposa.
El Coro,
que la conoce,
escupiría.
Han arrimado al hogar una tina de agua caliente.
Mamá desnuda a papá y,
cuando éste mete un pie en la bañera,
le echa una red encima
y lo mata a hachazos.
El rey,
con tres heridas,
cae en el caldo turbio vomitando
su alma.

Clitemnestra ha vengado primero,
con eso,
la muerte de su hija Ifigenia,
y luego otros crímenes más viejos.

Hacía además a Egisto,
que ya era señor suyo
privado,
rey de Micenas.
Él había armado la máquina de esta matanza.
A papá lo enterró mamá,
después de cortarle las manos y los pies
y atárselos bajo los sobacos,
para que no la asombrase.
Sin ninguna otra ceremonia.
No ceremony else?
No ceremony else?

(II)

Crisótemis, la hermana
pequeña,
sobrellevó su duelo con mayor paciencia,
y prudentísima.
Comparándolas con las suyas
el Coro de mujeres de Micenas
juzga la pena y la ira de Electra
descomedidas.

Hoy Crisótemis visita también el cementerio,
con ofrendas fúnebres,
pero son de parte de Clitemnestra,
(la ha asustado, en dos pesadillas seguidas,
el espíritu flaco
y arruinado
de su marido).

Crisótemis plegaba las velas de su furia
para capear la tempestad
doméstica
(es metáfora que le gusta emplear),
se mostraba mansa con tal de conservar su frágil libertad
y su vida regalada.

Era por eso,
le reprocha su hermana Electra, mala
y cobarde.
No sólo no buscas la reparación,
encima intentas detenerme a mí. Tu odio
es demasiado secreto,
y cómodo.
Electra, irritada, la puteó: era
bastarda,
no podía ser hija
de ley
de su padre.
Crisótemis, corrida, cede.
Bueno,
no verterá aquellas libaciones impías sobre la sepultura del rey
muerto, y,
empujada por su hermana más brava,
se cortaría los cabellos y los esparcirá, pelona,
sobre la tumba de su padre,
y convocaría su espectro,
y rogará que vuelva Orestes.

Esa tarde Crisótemis anunció a Electra, llena de alegría,
el regreso de su hermano.
Pero Electra, que tenía noticias que ella pensaba seguras
de la muerte de Orestes,
la desencantó.

Y volvió a animar a su hermana para que la socorriese
en su venganza,
pues quedaban solamente ellas para llevarla a cabo.
Recobraría con eso el título de hija
verdadera
del Rey.
Le advirtió luego, Egisto
no te casará jamás.

Sólo si terminamos con él
encontraremos maridos que nos mejoren,
y seremos libres,
y nos veremos muy celebradas.
Pero Crisótemis se resiste. Mira
que hemos nacido mujeres,
no varones,
y nada podemos,
y nuestras estrellas nos han sido siempre contrarias.
Así que no haría nada,
por cautela, pues tenía miedo de su padrastro,
y se sujetaría a él.

(III)

Egisto, harto de la tozuda melancolía de Electra,
aprensivo delante de esos ojos que lo malquerían,
la iba a emparedar bajo tierra.

Pero regresó
Orestes.
Después del asesinato del Rey
Electra se había llevado a su hermano,
cuando era todavía un chiquillo,
a la Fócide,
con sus tíos.

Velaba así por su vida, pues era el príncipe heredero y Egisto,
que había usurpado el trono,
receloso,
intentaría deshacerse de él.

Ahora que Orestes había vuelto procuraría su hermana, con él,
desagraviar al desgraciado rey.

Electra guardó las puertas de la casa
mientras Orestes acuchillaba a su madre,
jaleándolo desde el umbral,
y luego le puso a Egisto en bandeja.

O encargó a su hermano la muerte de Egisto
y quiso entrar con él a acabar a su madre,
apretándolo,
pues vacilaba.
Clitemnestra descubrió sus pechos blanquísimos,
buscando la compasión de sus hijos,
que habían mamado de ellos.
Orestes cerró los ojos, Electra
no.

Alciones

Prólogo

Los alciones recuerdan,
celebrándolos,
el duelo extremado de una viuda
y el de cincuenta hijas huérfanas repentinas
de padre.

(I)

Se han casado Ceice,
el hijo del Lucero del Alba,
que también llaman don Héspero,
o don Lucifer,
o don Fósforo,
y Alcíone,
la hija de Eolo, el señor de los vientos.
Desde la noche de bodas,
en una luna de miel que no se terminaba,
él gustaba de llamarla a ella Hera,
y ella a él
Zeus, Zeus.
Fue picardía que Dios Padre y su Esposa no toleraron
y quisieron castigar.
Levantaron mágicamente
una tempestad
y hundieron la nave que llevaba al novensano.
Morfeo se apareció a Alcíone
desalado, en la figura de su marido ahogado.

Luego, para certificar su sueño,
la muchacha fue hasta los acantilados
y reconoció en las difíciles orillas el cuerpo
roto
del amigo,
y se despeñó, buscando su abrazo
póstumo.
El Cielo,
misericorde,
transformó a los esposos
en pajaricos que tomaron su nombre de la desgraciada,
y Eolo, el padre de la novia,
asegura,
alrededor del solsticio de invierno,
catorce días de bonanza,
pacíficos,
para que pongan sus huevos en la playa
y críen con comodidad a los polluelos.
Mima así la multiplicación de su hija vuelta avecilla.

(II)

También Cíniras apeteció,
en sus mocedades,
a Elena,
y cuando ésta escogió marido juró,
en comunión sagrada con los demás pretendientes,
que acudiría a su socorro
si algún donjuán buscaba su ruina.

Ahora llegaban a su puerto chipiotra
(amusgaban)
Menelao, Ulises y Talcibio,
exigiendo que cumpliera su palabra.
Cíniras les adelantó una riquísima coraza,
para Agamenón,
y prometió que mandaría cincuenta naves
contra Troya.
Fue timo muy contado,
graciosísimo.
Armó una nave verdadera y subió en ella
cuarenta y nueve de barro,
diminutas,
mareadas por muñecos,
que,
cuando el capitán las botó,
cerca de Ilión,
se deshicieron en el agua.
Agamenón
rabió.
De su parte Apolo mató al rey de Chipre.
Sus cincuenta hijas no soportaron su soledad
nueva
y buscaron el consuelo del fondo de los mares.
Sin embargo,
a punto de arrojarse,
algún dios piadoso las cambió en alciones,
y chillan
su mala suerte.

Antígona

Estaba, ya que no escrita,
dicha.

En Delfos.

Su doble mala suerte. Iba
hacia allí,

para saberla,

y le salió uno, y mandaba, con muy malos modos,
que se apartase,

y lo mató (y era,

y no lo conocía, su padre, el rey de Tebas). Casó

luego (huía a su destino) con una (y fue
su madre).

Yocasta lo supo

(tarde),

y cuando su hijo

primero

y segundo marido

hacía inquisición de sus principios

ella mecía sus ansias,

cuando averigües qué eres no se te dé nada,

ni te espantes,

que son infinitos los hombres que,

en sus sueños más suaves

y descuidados,

han dormido (no han dormido)

con sus madres.

Ahora Edipo estaba a punto de descubrir sus errores
trágicos,

y ella se encerró en la cámara

nupcial

y se ahorcó.

Edipo, enterado de su pecado, armado de una lanza
rompió las puertas y,
al encontrar a Yocasta columpiándose de una viga del techo,
arrió el arma,
la descolgó,
arrancó los dos alfileres de oro que abrochaban su vestido
y, con ellos,
juez severísimo de sus cosas,
se sacó los ojos,
para no tener que ver los de sus padres en el infierno.

Ya no podía ser alcalde de Tebas.
Lo echó Creonte,
su tío,
el nuevo rey,
o se quiso ir él,
muy mareado.
Antes le rogó que casase
bien,
y con sus manos,
a sus dos hijas,
Antígona
e Ismena.

Edipo bendecía a Antígona,
que fuese feliz,
yo saldré
solo
y me pondré a caminar hasta que me derribe
el agotamiento.
Antígona no lo toleró,
llevaría a su padre hasta el Ática,
para que muriese,
como anunciara el oráculo de Loxias,
en Colono.

Sí, hincharía con su aliento
dulce
las velas de su nave,
seré el norte de tus navegaciones.
No se despediría de sus compañeras,
ni rezaría a los dioses, ni siquiera a Baco,
mi antiguo señor.
Lo seguiría virgen o, más bien,
lo guiaría y acompañaría,
y cuidaría de él.

Estropeado por sus desgracias,
la ceguera,
la vejez,
el cansancio
y el horror,
Edipo mendigaba cogido de la mano de su hija Antígona,
que fue su bordón de peregrino
y su lazarillo.

Así llegaron a Colono, en el Ática.
Allí acudió también,
puntual,
Ismena,
su pequeña,
cargada de avisos y profecías.
En el umbral del huerto sagrado de las diosas tremendas
Antígona e Ismena lavaron a su padre,
lo ungieron,
lo amortajaron.
Luego tronó tres veces, tembló la tierra
y, advertido por esas epifanías,
Edipo entró en el bosquecillo a acabarse
misteriosamente.

Su cadáver es extraño,
profiláctico,
y saluda a la ciudad que lo ha acogido.

En la *Pasión* de Edipo el rey
perdido
pide a Teseo que vele sus vísperas. Están además
las señales maravillosas
y el secreto de su final,
y las dos maris que se ocupan de su tránsito. Adelanta
la del Cristo.

Fueron siete contra Tebas
y murieron,
combatiéndose,
los dos hijos varones de Edipo.
Y a éste, a Polinices,
porque había traicionado a la patria,
el rey Creonte prohibió que le diesen sepultura,
para que se lo comiesen los perros,
los lobos
y los pájaros inmundos.
Fue su hermana Antígona furtivamente
y le dio sepultura simbólica,
derramando sobre su cadáver un puñado de tierra.
Su tío castigó su acción emparedándola en una cueva. Allí
se colgó de una cuerda.

Antígona terminaba con su gesto clandestino
el oficio funeral que no pudo cumplir con Edipo.
Que la hija embalsama al padre (lo desnuda,
lo lava,
lo unge con óleos olorosos,
le ciñe la túnica y el manto que gastará
en el otro lado),
y es su psicopompa:
con eso lo regala, son ésas
sus labores,
ésos tienen que ser sus últimos, piadosos
trabajos.

Ariadna

Iba a perderse Teseo
en el Laberinto de Creta.
En su centro lo esperaba,
bufando, escarbando,
el Minotauro,
el hijo de la pasión abominable de la reina
con un novillo
blanco,
mágico.

Pero Ariadna, la hija del rey Minos,
se había enamorado como una colegiala del forastero.
--Si te dijese cómo se entra,
cómo salir,
¿me llevarías contigo?
--Claro. Dime,
dime.

Siguiendo las instrucciones de Dédalo,
el arquitecto del Laberinto,
Ariadna dio a Teseo un ovillo de hilo
y le explicó cómo usarlo.

A no ser que el rengo Hefesto enseñase a Ariadna
una danza en Cnosos,
para obsequiarla.
Debió de bailarla Ariadna
para Teseo,
en palacio:
sus pasos repetían
el mapa de los corredores de aquel edificio imposible.
El héroe
los aprendió.

Así
o así,
el príncipe entró,
degolló al monstruo,
salió.
Luego desfondó las naves cretenses
y se fugó en la suya con Ariadna.

Hicieron noche,
y otras cosas,
en una playa de arena de la isla de Naxos.

Ariadna empieza siempre
así
(o así),
pero se acaba
de mil y una maneras.

Ariadna fue fecunda, madre
feliz.
Tuvo, de Teseo, dos hijos.
O tuvo cuatro: los frutos de sus estupendas uniones,
en la isla de Lemnos,
con san Dioniso.
O bien la tempestad mareó a Ariadna, embarazada,
y Teseo la dejó en una playa,
hasta que sosegase.
Luego, cuando intentaba llevar el barco a puerto seguro,
los vientos lo alejaron.
Para aliviar las ansias de la pobrecilla
las isleñas que la recibieron contrahacían cartas,
fingiendo que eran de su amigo,
asegurándole que ya venía,
que ya venía.

Ariadna,
al cabo,
murió sin haber parido.
Tardó Teseo y, lleno de pesar, ordenó que,
para conmemorar a su breve esposa,
todos los días segundos del mes gorpico un mozo, acostándose,
remedase los dolores del parto,
y que fabricasen dos estatuillas, una de bronce, otra de plata,
que la figurasen.

En otra las dulces fatigas del amor durmieron a Ariadna
en la arena.
Al despertar ve que Teseo,
desahogado,
se ha embarcado,
se larga,
si la ha visto no se acuerda.

Ariadna, en la playa,
escribió una carta al desagradecido,
que copió Ovidio.
Dijo primero sus miedos:
temía a las fieras (al lobo,
al león,
a la tigresa,
a la foca),
las espadas de los hombres,
la rueca,
a los dioses que la visitaban en sueños.
Aunque aportase alguna nave
no podía volver a la patria, ni al padre,
pues los había traicionado.
Se querelló luego contra su burlador,
y le rogó aún que volviese,
que recogiese por lo menos sus huesos.

Ariadna llora,
y se ahorca
luego.

En otra aún se la quitó a Teseo don Dioniso,
señor de sátiros
y borrachas,
empalmado,
en aventura corsaria.
O la robó,
hallándola llorosa en Naxos.
Y quiso que la corona que le regaló hiciese,
en el cielo,
una segunda,
que a veces aparece entre las constelaciones del Dragón
y de la Serpiente.

Pero su fantasma
triste
contó a Odiseo, en el Hades, que le dio muerte Diana,
virgen fría,
seca,
bruta,
en la isla de Naxos,
por un pleito que tuvo con Dioniso.

(Palas) Atenea (I)

Metis, hija del Océano, fue el primer amor de Zeus,
la chica de su verano
mejor.

Él (Él,
Él) la persiguió echando baba,
el cipote hinchado,
y ella lo esquivaba mudándose en esto
o en aquello,
hasta que en su última metamorfosis la cazó
y la montó
y la preñó.

La Tierra y el Cielo lo visitaron, agoreros.

--Su amiga carga, señor, niña
en el vientre,
pero a la otra le nacerá un hijo varón,
y mucho ojo, ojo-- le advertía la Tierra.
--Mire lo que hizo el Tiempo,
mi hijo bien amado,
conmigo--,
avisó el Cielo, señalándose el escroto
vaciado.

--Huy --dijo Zeus,
cogiéndose con aprensión sus fenomenales gemelos,
y se tragó a Metis sin masticar,
con el cuidado que pone uno cuando comulga.

Una migraña le anunció el parto.
Vino el Herrero cojeando,
o Prometeo,
y de un hachazo le abrió la cabeza.
Salió Atenea,
los ojos verdes,
o garzos,
armada,
con ganas de jaleo,
lanzando su grito de guerra, “¡ololú,
ololú!”.
Cayó en el lago Tritón, en Libia,
y la criaron sus tres ninfas tutelares.

Sólo a Atenea,
¿ves?,
la parió su padre con dolor de madre.

(Palas) Atenea (II)

A este Palas volador,
gigante
y cabrón,
le apeteció montar a su hija Atenea.
La brava no se dejó.
Mató al viejo sátiro,
lo desolló,
se puso su cuero peludo de delantal
(la égida, tan repetida),
y luego se calzó las alas en los tobillos y se tituló
con su apellido.
Y quedó tarada para siempre,
virgen cabezona
y virago.

Se acompaña la diosa
de la lechuza. Lechuzas
se volvieron Nictímena y Harpálice,
después de que conociesen carnalmente a sus padres
sin querer,
y Atenea, acaso porque tuvo que defender su entereza
de la gana desatada del suyo,
fue su hada madrina.

Las hijas de Cócalo, el Siciliano

Por las traiciones de Dédalo,
su arquitecto real,
quedó Minos muy deshonrado.
Dédalo había alcahueteado para su mujer,
arreglando su cita con el toro
de cuento,
y para su hija Ariadna,
cuando le dibujó el callejero del Laberinto.
Dédalo huyó volando con su hijo Ícaro.
Al chaval le pasó lo que le pasó cerca del sol,
pero su padre pudo alcanzar la ciudad de Camico,
o la de Ínico,
en Sicilia.
Allí le dieron asilo el alcalde, Cócalo, y sus hijas.
Él, para pagar su hospitalidad,
los distraía con sus juguetes ingeniosísimos.
Mientras tanto Minos, lleno de ira,
lo buscaba por todas partes.
Iba disfrazado, llevaba
la concha de una caracola,
y prometía el oro
y el moro
a quien conseguiese atravesarla con un hilo.
--Permíteme que la estudie
--le dijo Cócalo,
y se la pasó a Dédalo.
Dédalo ató el hilo a una hormiga,
y ésta encontró fácilmente el camino que entraba
y salía
de la concha.
Supo Minos entonces que Cócalo escondía a Dédalo.
--Entrégame a tu huésped
o vengo con mi gente y rompo
tu casa.

--Vale.
Pero vienes sucio,
y cansado de mares
y puertos.
Éstas, mis hijas, te bañarán.

Minos se metió en la tinaja.
Las hijas de Cócalo,
entonces,
volcaron sobre él pozales de agua hirviendo,
escaldándolo.
Con eso amparaban a Dédalo,
a cuyas máquinas e invenciones
se habían aficionado,
y defendían los deberes de su padre
como anfitrión.

Criseida

Crises se llega hasta el atracadero arreando una carreta mulera.

En ella ha vaciado todos los tesoros de su iglesuela.

Empuña un rico bastón, y trae
ceñidas

las ínfulas de Apolo

que le dan doble privilegio de suplicante
y de sacerdote.

--¡Ojalá pudierais entrar en Troya,
arrasarla,

quemarla,

y regresar luego,

enteros y dinerosos,

a los terruños!

¡Mirad que vengo cargado de regalos
y bienaventuranzas!

¡Ay! ¿No me devolveréis a mi hija?

Agamenón, que tenía a Criseida en su tienda,

echó al anciano a patadas, chulo, con amenazas.

--Tu niña es ahora criatura mía, mi porción
de ley.

Envejecerá en mi casa de Argos,

entre extraños,

haciéndome la cama

y deshaciéndola,

y girando la rueca.

--¡Si antes los saludaba,

ahora los maldigo!

Apolo, estos greñudos han asolado tu isla de Ténedos,

y las villas marineras de Cila y Crisa,

pillando tus sagrarios.

Yo he sido siempre muy devoto tuyo.

Arma ahora tu arco

tremendo

y castiga sus torpes osadías.

El Arquero ensayó primero con las caballerías

y los perros,

y después,

durante nueve días,

tiró contra sus dueños.

--Caen flechas como del cielo,

y aciertan todas

--notaba Calcas, el profeta--.

Se habrá querellado Crises.

Llévale a su hija o seguirán menguando tus mesnadas.

Sin pedir rescate por ella.

Añadiendo cien toros

y cien cabritos que mataréis en Crisa:

con ello apaciguarás a Apolo,

convidando a su parroquia a un asado,

apartando para el divo las primicias.

El generalísimo se arrancaba las barbas,

emborrascó.

--En todo aventajaba esta Criseida

a aquella Clitemnestra, la reina de mi casa --berreaba,

y citó sus gracias.

--Vale, quitádmela --suspiró--,

qué remedio.

Pero así pierdo yo solo, y eso

no lo consiento.

Entregadme a otra cautiva, de las principales,

la tuya, Aquiles,

o la de Áyax,

o la de Ulises.

¡No querréis a vuestro caudillo destemplado!

Aquiles protestó.
--Fue botín que gané yo
con mis mirmidones,
corriendo las comarcas extremeñas,
y ya está repartido.

Rabiaron los dos héroes.
--¡Ojos de perro! --le decía Aquiles a Agamenón—Y el corazón
¡de ciervo!
--¡Rubia! --contestaba el capitán de capitanes— ¡Maricón
de trenzas!

--¡Pues Briseida
por Criseida!
¡La tuya por la mía!
--escogió Agamenón.
Por ahí empezó la cólera
de Aquiles,
que dio su título primero
y sus primeras palabras
a la *Ilíada*.
El cid de los aqueos se quedó dentro de su tienda,
muy quieto,
con Patroclo,
su amigo,
mientras los troyanos adelantaban,
a mirar,
indiferente.

Ulises embarcó a Criseida y la llevó a la casa de su padre.
Allí saciaron a Apolo con las dos hecatombes
y un peán en el que rimaban
los atributos del patrón de la lírica.

Dánae

En esta otra Eurídice
o en Aganipe (pero mamá aquí tampoco importa),
Acrisio, el rey de Argos, engendró a Dánae.

El rey quiso conocer sus futuros
y lo enteraron de que debería su muerte
a uno que nacería a su hora de su hija.

Acrisio se llenó de miedo y,
para asegurar que Dánae no concibiese,
la emparedó en una fuerte torre,
o en una habitación blindada,
bajo tierra,
de bronce.

Zeus, si entra en celo, puede más, alcanza
donde otros no llegan.
Emborricado de oídas
(si no la olía),
sólo supo ayuntarse con la princesa
lloviéndose sobre el tejado de su cárcel,
calando el entramado.
El tibio
aguacero
de oro
cayó sobre el regazo de la virgen
y quedó encinta por maravilla.

El Rey descubrió el peligroso embarazo de su hija
y mandó que la encerrasen en arca de palo y la echasen al mar,
para que se perdiese el fruto de su vientre.

Pero Dánae parió dentro de su ataúd marintero,
y la caja llegó a Apulia,
o a la isla de Sérifos,
y allí se crió Perseo, su hijo,
y supo terminar,
uno detrás de otro,
sus trabajos
famosos.

Celebraban unos juegos gimnásticos en Larisa.
Allí se había refugiado Acrisio,
avisado de que su peligroso nieto había sobrevivido.
Acudió Perseo, y lanzó un disco que,
desviándose,
acertó en el delicado tobillo de su abuelo,
acabándolo,
confirmando los oráculos.

Las Danaidas

La hija del Nilo tuvo de Belo
gemelos, Egipto
y Dánao.
Mandó Dánao en Libia,
y en Arabia Egipto.

Los mellizos fueron muy mujeriegos,
y engendraron,
de sus correrías
y corridas,
cada uno cincuenta hijos.
La simiente de Egipto sólo daba varones; la de Dánao,
hembras.

Quiso entonces Egipto casar a sus cincuenta hijos
con las cincuenta hijas de su hermano. Dánao
receló: tenía la noticia
adelantada
de que un yerno suyo lo mataría.
O bien las Danaidas, por sus inclinaciones,
o porque así las ha educado su padre,
tienen asco al macho,
y al matrimonio,
que les parece cárcel,
servidumbre.
No se dejarán señorear por ningún hombre.

Fuera como fuese Dánao,
en una nave de dos proas que fabricó para él Atenea,
otra virgen empecinada,
embarcó a sus hijas y huyeron, aportando finalmente en Argos.

El señor de Argos recibió al Corro de Suplicantes,
que había llegado pidiendo asilo,
y juzgó a aquellas mujeres
bárbaras,
primas de las indias nómadas que montan en camellos
y de las Amazonas,
y varonas.

Sin embargo Dánao supo hacerse,
a buenas,
rey del lugar.

Hasta allí siguieron a las doncellas,
priápicos,
los cincuenta gitanos,
y sitiaron la capital,
envenenando los ríos que la regaban.
Las Danaidas,
que traían de Libia la ciencia de los pozos,
sacaron agua hasta agotarlos.

Apretado por la sed,
Dánao dijo que rendía a sus hijas,
y arregló sus matrimonios con minuciosidad
maniática.
A unas las dio por sorteo (que acertasen
los hados).
Para juntar a las otras miró las calidades de las madres,
sus naciones,
y sus naturalezas.
Tiene en cuenta a su mayor,
y a las más pequeñas,
apartándolas para éste, para aquéllos.

Une a Clite con Clito, a Esténele
con Esténelo,
a Crisipe
con Crisipo,
atiendiendo,
creo yo,
a la magia de la aliteración.

Lo gracioso (lo inquietante) es que tanta curiosidad
no buscaba la dicha larga
y fecunda
de aquellos matrimonios.
Dánao dio en dote,
a cada una de sus hijas,
un alfiler
con instrucciones.
Las Danaidas sujetaron sus moños con aquellos alfileres y,
después del banquete,
en la casa paterna,
separados los dormitorios
por mantas de lana colgadas del techo,
sufrieron el amor torpe,
corto
y grosero
de sus maridos nuevos,
y luego los asesinaron, clavándoles en el corazón
el alfiler que les había regalado su padre.
Himeneo, la noche de bodas, escandalizado,
huye de Argos; Hera
también.
Los cincuenta egipcianos entran en sus alcobas,
que serán su matadero,
borrachos,
las melenas ungidas, tocados
de guirnaldas.

Sólo Hipermestra,
la mayor,
no repartió a su esposo aquel naípe,
porque, apático o impedido por el vino,
no la había tocado, y quedaba
entera.

Dánao se enfadó.
Encerró a su hija,
la desobediente,
pero los argivos,
apiadados de la muchacha,
que les parecía la más buena,
lo obligaron a soltarla.

Las cuarenta y nueve Danaidas cumplidoras
enterraron las cabezas de sus novios en Lerna,
y honraron sus cuerpos
tronchos
a los pies de las murallas de la ciudad.
Ordenó entonces Zeus
que Atenea y Hermes lavasen sus pecados.

Los años dieron la razón a Dánao:
Linco, el marido de Hipermestra, su yerno,
lo mató
y le sucedió en el trono de Argos.

A pesar de que Atenea
y Hermes
habían purificado a las Danaidas
bañándolas en el lago de Lerna,
los Jueces de los Muertos, ceñudos,
severísimos,
las condenaron a “henchir
de agua de un profundo pozo
un cántaro sin suelo”⁶.

⁶ Juan Pérez de Moya, *Philosophía secreta*, Libro V, cap. XII.

Todavía las fatiga la tarea,
tan inútil.

Al contrario que sus hermanas,
hombrunas
y apóstolas de Diana,
Hipermestra es venusina,
y femenina.
Ella, armada, no sirve.
No quiere otras herramientas que la rueca.

Las hijas de Eetes

Medea,
la maga,
favoreció a Jasón, el argonauta.
En aquella aventura su padre, el rey Eetes,
perdió el vellocino de oro,
amuleto de la patria
y de su Casa,
y a su hijo Apsirto.

Montado en su carnero
alado,
de novela,
Frixo llegó a la Cólquide,
donde fue muy bien acogido por el rey Eetes,
tanto que éste le dio a su hija Calcíope por esposa.
Frixo sacrificó el romero y dio
en arras
su toisón de oro.

Lo que Calcíope ganó con su matrimonio
lo perdió su hermana Medea.
Otro forastero,
aquel navegante Jasón,
con su socorro portentoso,
ya había terminado todos los trabajos que le impusiera el Rey,
pero éste se negaba todavía a darle el vellocino.
Entonces Medea, enamorada,
una vez que aseguró su boda con él
y la tuvo apalabrada,
le ayudó a robarlo.

El Rey seguía a los fugados en su rápida capitana,
pero Medea había secuestrado a su hermanico, Apsirto.
Primero la carnicera degolló al niño, luego
lo despedazó
y fue echando los trozos al mar.
Su padre se entretuvo recogiendo los,
para honrarlos debidamente,
y Jasón y Medea pudieron escapar.

Vivieron felices diez años en Corinto,
hasta que Jasón prefirió a la princesa de la ciudad
que les daba hospital.
Rabió Medea ahí,
y mató a los hijos que había tenido con el traidor,
y regresó en un carro embrujado,
de fuego,
a la Cólquide,
para devolverle a su padre la vara de alcalde
que le había quitado su hijo Perses.

Dicen que Medea retoza
aún
(para siempre)
con Aquiles
en la Isla Blanca.

La hija de Équeto

Équeto fue *tipo* de violencias
de cuento,
el coco de los griegos
(pero con su nombre asustaban a los hombres cabales, hechos
y derechos,
terminados).

Équeto tenía
una hija, Metope, nada más. Amor
la hizo brava, y se fugó con un guapo.
Siguió su padre a los huidos y,
cuando los alcanzó,
para desagraviarse,
al donjúan,
con cuchillo carnicero,
le cortó las narices,
lo desorejó,
lo capó, y echó sus vergüenzas
a los perros.
Luego arrancó a su hija,
con dos agujones de hierro,
los ojos,
y la condenó a moler el bronce en un granero sin ventanas.
Nada estorba el asco que Metope gasta
contra su padre,
y lo usa para batir el metal.

Escila

Niso, el rey de Mégara,
tenía una hija, Escila, y tenía además,
incendiando su melena blanca,
un cabello de color púrpura,
o rosáceo.
Se peinaba con cuidado
religioso,
según un ritual maniático,
sujetando el peligroso pelo con fíbula de oro
y el diente de una cigarra cecrópe,
pues era, según aseguraban las Parcas,
su talismán,
y el de la patria.

Minos, el rey de Creta,
cercaba la ciudad.
La princesa, subida a la torre musical
(allí siempre parecía que Apolo,
constructor del fuerte,
sonaba su lira),
atalayó al caudillo enemigo,
armado,
tremendo,
y se perdió.
Fue cosa del diablo travieso,
o de santa Hera (que la muchacha,
sin darse cuenta, la había desatendido
en su día de guardar).

A tijera
o de un tirón
Escila arrancó el cabello
profiláctico
a su padre,
mientras dormía,
y se lo llevó a Minos,
entrándose en su campamento
y en su tienda.

Minos pudo ahora arrasar la ciudad
y matar al rey,
y,
cuando su boba enamorada le pidió que se la llevara con él,
a Creta,
escupió,
dijo,
mala hembra,
has desgraciado tu Casa
particular, y la de tu gente,
¿y quieres que te lleve a la isla
divina?
La ensuciarías.

Mandó luego Minos que colgasen a Escila
del palo más alto de la nave,
o que la atasen a la popa,
y que izasen las velas.
Ahí se habría acabado la infanta,
pero las nereidas se apiadaron de ella
y la transformaron en garza,
o en cogujada. Es ave
moñuda,
y su penacho rojizo publica su pecado.

Dios Padre no toleró este final
casi feliz.

Mudó a Niso en esmerejón,
o en águila marinera,
y persigue,
urajeando,
a su hija,
la pájara.

Pero Pausanias oyó,
cuando escribía su guía de las Grecias
fantásticas,
que Minos la arrojó al mar y que la pobre vino a morir
contra las rocas del cabo que hoy todavía lleva su nombre,
y que las carroñeras gaviotas devoraron sus restos
(no pueden enseñar,
por eso,
su tumba).

Ifigenia

Algunos dicen que Elena dio
al mundo,
de Teseo (fue
su primer ladrón),
una niña
que entregó a su hermana gemela Clitemnestra,
para que la criase con disimulo, como si fuera suya.⁷ Y la llamó
Ifigenia. Esto
estropearía este cuento.

Ocho años de marear y no hallaban Troya,
y encima ahora se veían por segunda vez en Áulide,
y el viento, quieto, amarraba a los barcos asesinos en el puerto.
Y París y Elena se holgaban en el rico palacio oriental,
deshonrando a Menelao y, detrás de él,
a todos los aqueos juramentados en sus bodas.
Algunos pensaban que su contrario era Neptuno, autor
y patrón de Ilión.

Pero miró el adivino Calcas y entendió
que la Señora de las Selvas, por esto
o por aquello,
guardaba rencor a toda la Casa de los Atridas,
y sujetaría la perezosa bonanza
hasta que Agamenón, el almirante,
no inmolase en su altar a la niña de sus ojos.

--¿Haréis caso al alucinado? --protestó el general--. Antes
deshago estas mesnadas, y allí
no será Troya.

⁷ “Sobre este asunto escribieron poemas Euforión de Calcis y Alejandro de Hímera”, y lo mismo aseguran los argivos (Pausanias, *Descripción de Grecia*, II, 22, 7). También conoció la leyenda Antonino Liberal (*Metamorfosis*, 27).

Pero Menelao, su hermano, doblado por su cornamenta,
bufaba.

--Vale --sentenció Agamenón, encogiéndose

o no

de hombros, y escribió “en los pliegues
de una tablilla”

a su esposa, Clitemnestra

(o mandó a Ulises, de parte de la Muerte,

su rufián

principal,

en mentirosa embajada)

que trajese hasta el Áulide a Ifigenia espléndida,

de novia,

y en otra carreta

toda su dote,

para sus bodas con Aquiles, que el Rubio,

caprichoso,

no pelearía si no le daba una mujer de su linaje.

El caudillo recibió a su hija

con tiritona. Ella,

miedosa, abrazada a sus rodillas, decía,

papá, yo soy

tu mayor,

la que más te quería.

Es sañuda, nena, la gana de la diosa,

y sólo tu sacrificio (pero pierdo,

también,

yo, mucho)

hinchará las velas de mis naves

soldadas.

Esto era más grande que nuestros lotes

particulares,

que toca en mi apellido.

Ifigenia acudió a su negro casamiento envirota
y patriótica. Y piadosa,
encomendándose a la Virgen que ordenaba su dedicación.
--Y no me echéis de menos, ni me guardéis
luto, ni levantéis ningún monumento funerario en mi honor,
que no quiero otro que el altar de Diana que bañaré
con mi sangre.
Ifigenia pidió que el Coro de vestales cantase a la diosa,
y que callasen
religiosamente,
sobrecogidos,
los dánaos,
y que rebosasen las cestas para la ofrenda,
y que alimentasen el fuego con granos de cebada,
y que mi padre rodease la piedra
solar
de mi final
de izquierda a derecha. Hizo además
que tocasen su cabellera con guirnaldas,
y que derramasen sobre ella agua lustral.

El Coro no miró la degollación.
Tampoco, el sacerdote que oficiaba.
Obraba a tientas
el verdugo.
Tenían todos los ojos puestos en el suelo, miedosos,
compadecidos,
avergonzados.
Pudieron oír, sí,
la carnicería,
el ruido
del cuchillo,
el borboteo de la sangre que caía sobre el cuenco de piedra.
Y un quejido, ¿o fue
un suspiro?

Cuando miraron,
temblando,
vieron una cierva blanca,
o una serpiente,
o un oso,
o un becerro,
una criatura mágica cualquiera,
desangrándose sobre la pira,
y Calcas,
perplejo,
pero con gran agudeza,
inventó a Ifigenia
como María Asunción.

Los dioses habían subido,
declaró el agorero,
a su favorita
a su Cielo,
y se banqueteaba ahora con ellos.
Las muchachas de Cálcide,
en corro solemne,
lo confirmaron.

Las palabras de Calcas apuntan
al misterio.
A Clitemnestra le dice,
vagamente:
--Hoy tu hija ha muerto
y no.

Diana transportó a su beata hasta el Mar Negro,
y la puso de capellana de su iglesuela de la Táuride.
Allí sus marianos degüellan a los náufragos,
y sacian a su Virgen Morena,
terrible,
caída del cielo,
con su sangre.

No. Ifigenia sabe,
segura,
que se acabó en Áulide.

Otras continuaciones traen
otros finales.

En el más feliz Ifigenia se casó,
esta vez sí, con Aquiles,
su falso prometido de antes,
en la Isla Blanca de los benditos,
en la desembocadura del Danubio,
y allí se gozan desde entonces
en mocedades perfectas,
que no pasan.

En éste Clitemnestra,
nada más dar a su marido Agamenón una muerte,
y una sepultura, que lo deshonoraban,
lo maldice.
Lo recibirá ahora en la otra orilla del río del infierno,
a pie de barca,
su hija Ifigenia, lo abrazará
amarrida,
la saliva de su beso agria los labios
y la mala sombra
de su padre.

Macaria Herculina

Heracles tuvo cincuenta hijos
con las cincuenta hijas de Tespio,
y otros veinte con otras doce mujeres y ninfas.
Todos le nacieron cojonudos,
menos Macaria,
a la cual hizo en Deyanira.

Deyanira, por una cuestión
de celos,
hirió de muerte (sin querer) a su amigo.
Fue privilegio de Macaria,
su única hija,
hija única,
apagar la pira donde se consumieron las partes
mortales
de su padre,
en la cumbre del monte Eta y,
quizás,
aunque esto no viene en ningún cuento,
recoger en sus faldas vírgenes sus cenizas (son,
la mitad, divinas).
Vale su nombre por esto, con toda propiedad,
“bendita”.

Metra

Erisictón aró los campos de pan de Ceres
y entró en su bosquecillo sagrado,
talando el árbol en cuya corteza
estaban contadas las cosas de la diosa agrícola,
y era un alcornoque
o una encina.

Ceres castigó su irreverencia
metiéndole hambre.
Erisictón vació primero su despensa,
y después cambió todo lo suyo por víveres
que agotaba inmediatamente. Y nunca saciaba
su apetito.
Se hallaba en las penúltimas.
Miró a su hija, Metra.
No tenía más,
y se la alquiló a uno,
para que la usara
a placer.

Metra había sido alumna predilecta de Neptuno,
y el señor de los océanos le había concedido el don
de mudarse de forma a voluntad.
Así pudo escapar de su amo
y volver a casa.

A su padre lo apretaba aún la carpanta.
Vendió a su hija a mil hombres,
de los cuales ella se escurría siempre,
convertida en varón
o en algún animal.

Con eso engañaba Erisictón el estómago,
pero esta vez tardó en conseguirle un cliente a Metra
y,
desmayado,
se comió,
como decimos en castellano
figuradamente,
pero de veras,
a la letra,
los puños,
y los codos,
y todas las partes que alcanzaba con los dientes.

Mirra, Harpálice y Nictímena

Prólogo

Las difíciles *vidas* de Mirra, Harpálice y Nictímena
intentan (no
pueden)
traducir el desordenado deseo del padre,
o de la hija.

Mirra

Porque terciaron Venus,
o su gamberro pollo,
o las descabelladas Furias,
se enamoró Esmirna de su padre,
Cíniras, que reinaba entre los asirios.

Esmirna protestaba,
no entiendo que no quepa dentro de las leyes terrenales
y divinas
querer una hija a su padre,
siendo lo más natural,
y cosa muy común entre los animales,
y que no extraña en algunas naciones.
Se enciende Esmirna cuando su padre la acaricia,
y aborrece, celosa, a su madre, que lo disfruta. Hace
pucheros, y dice, “*¿Es mío...*
y no es mío!”, resumiendo su mala estrella.

Esmirna amagó con ahorcarse,
pero se lo estorbó su nodriza.

Yo haré, miniña, a tu alcahueta,
y facilitaré,
verás,
esos ayuntamientos que soñabas
con tu papá.

Señorito, le susurraba el aya, una muchacha desea
conocerlo,
pero pide discreción, que fuera
a tientas.

Once noches seguidas visitó Esmirna a su padre,
pero a la que hacía doce Cíniras, intrigado,
encendió la luz y descubrió el engaño.
El rey corrió detrás de su hija,
el alfanje en la mano,
y ella lloraba,
encomendándose a todos los santos que sabía,
hasta que, ya en el reino de Saba,
uno de ellos la transformó en el árbol de la mirra,
que repite su nombre.
Al cabo de diez meses el árbol dio un fruto, y fue
el bello Adonis.
O lo hendió Cíniras con su espadón,
y salió de su vientre
vegetal
el bello Adonis.

Harpálice

El rey arcadio Clímeno se perdía por su hija Harpálice
y la forzó muchas veces,
ayudado,
dicen algunos,
por su ama.

De aquellas visitas Harpálice resultó embarazada,
y cuando parió un hijo
varón
lo ahogó,
lo cocinó
y se lo sirvió a su padre en un banquete.

Supo Clímeno su digestión
horrorosa
y castigó a su hija con la muerte.

Nictímena

En sus *Fábulas* Higino anota que Epopeo, el rey de los lesbios,
poseyó por capricho a su hija Nictímena.
Ella, corrida, se escondió en el bosque. Minerva
le tuvo lástima y la convirtió en lechuza,
pájara de su clan,
así podría pasearse de noche y no le daría el sol
a su vergüenza.

Ovidio Nasón le da la vuelta.
La pone en boca de la corneja,
y era,
dice,
una historia que repetían todos losorros de Lesbos,
que Nictímena, desde que sedujo a su padre,
por pudor rehuía el día y las luces
artificiales,
y Minerva la transformó en ave nocturna,
tenebrosa,
antipática.

Ahora,
ojo que es cuento
de corneja, pájaro
ladrón,
que se viste con las plumas que hurta a las otras aves.
Y ojo,
que Minerva había hecho su privada a la lechuza,
discreta
y hasta taciturna,
en lugar de a la corneja,
demasiado parlera y vocinglera,
y no sería raro que la corneja, rencorosa,
se hubiese inventado esta versión tan contraria a la otra.

Notas

He juntado estas tres *vidas*
porque son una sola, dicha así
y del revés.
Los nombres
sobran.
Es lo que sucede, una
y otra vez,
lo que importa.
Pero eso nunca se sabe bien,
porque es una *historia*
histórica,
que somos incapaces de contar.
Ha pasado lo que no puede pasar,
que un padre (no) ha dormido con su hija.
Lo burló ella, o la ha violado
él.

¿Qué finales tienen ellos y ellas?
Todos, abochornados,
se *desparecen*.

Se terminan de alguna manera,
o los terminan.
Después de aquello sólo tienen sitio,
las hijas sobre todo,
en el otro lado.
Entre los muertos o,
mejor,
ni aquí ni allá, en los márgenes de la realidad.
Serán extrañadas, vueltas
otra cosa, un árbol
de Oriente,
un pájaro nocherniego.
Igual que Liliz
(demonia que tradujeron como “lechuza chillona”),
sólo reposan y hallan descanso,
sólo se hacen *madriguera*
(que no *patria*, artificio del macho)
en las soledades malditas,
en los paisajes que repiten tanto el mundo anterior a El
(Él, claro, siempre)
como el de su final catastrófico.

Palene

Sitón, el rey del Quersoneso Tracio, tenía
una hija solamente,
y no la daba.
Tumbaba en la palestra a los novios que le salían a la niña
de sus ojos,
y así la conservaba entera,
y casera.

Pasan,
quieras o no,
los años,
y Sitón podía menos,
y vio que habría de rendir a su hija,
casarla,
cedérsela (y era
para siempre)
a otro.

Ordenó duelo de carreteros, Driante contra Clito.
La novia prefería a Clito,
y aflojó la clavija que sujetaba las ruedas del coche de su rival.
Arreó Driante, zapatearon
los caballos,
el carro se rompió en pedazos, el auriga se descalabró.

Ahora ha descubierto Sitón la trampa,
y coloca a su hija sobre la pira funeraria
de su malogrado pretendiente.
Pero Afrodita, compadecida de su devota,
mandó un aguacero y apagó la hoguera,
y los ciudadanos, advertidos
por la epifanía,
obtuvieron de su señor el indulto de Palene, y su matrimonio
por amor.

Las hijas de Pelias

Apolodoro, en su *Biblioteca*⁸, cuenta cuatro,
y las llama Pisídice, Pelopia, Hipótoe y Alcestis. Higino⁹,
coleccionista de fábulas, sabe, además, otra, Medusa.
Micón creyó que fueran dos, y apuntó, debajo de sus retratos,
sus nombres, Asteropea y Antínoe.¹⁰
El templo de Hera, en Olimpia, custodia el arca de Cipselo,
de madera de cedro.
En sus tallas figuran los juegos fúnebres que Acasto estableció
para honrar a Pelias, su padre. Aparecen figuradas
todas sus hijas,
pero dice solamente
a Alcestis.¹¹

Vino a Yolco, ciudad
de Tesalia,
Medea,
pedía
hospital,
que Jasón, mi marido
primero,
me enfadaba.
Paraba en el palacio
real,
entretenía a las infantas,
mientras hilaban,
con el catálogo de sus prodigios.

⁸ I, 9, 10.

⁹ Higino, *Fábulas*, XXIV.

¹⁰ Pausanias, *Descripción de Grecia*, VIII, 11, 1 – 3.

¹¹ Pausanias, *Descripción de Grecia*, V, 17, 9 ss.

--Soy bruja
de gran fama,
sacerdotisa de Diana, hija
natural, o alumna favorita
de Hécate.
¿Sabéis? Vengo
de devolverle a Esón, mi suegro,
con una fórmula que he descubierto,
la mocedad.

El rey Pelias se hacía
muy deprisa
viejo,
viejo.
A sus hijas se les encendieron
los ojillos.
--¿No harás a nuestro padre, con tus artes, lozano
segunda vez? Mira
que te tendríamos
en mucho.

Pero Alcestis, la pequeña,
recelaba.
--Para dar descanso a vuestras dudas la ensayaré
primero --dijo Medea--, delante de vuestros ojos,
en un animal.

Medea cogió un carnero,
lo desangró,
lo troceó, y coció los pedazos
en una caldera.
--¡Beee!
Sacó de la olla un corderillo
mamón.
--¡Vale! --aplaudían las muchachas.

Siguiendo las indicaciones de la hechicera
degollaron a su padre,
lo trocearon,
cocieron los pedazos en el caldo.
--¡Burras! --se burló Medea— Era sopa
boba.
Dijo, y se esfumó en una carreta tirada por dragones alados.

Con eso vengaba la Maga a la Casa
de Jasón,
su amigo.

Acasto, el príncipe
heredero,
se ocupó de los funerales de su padre.
Luego echó a Jasón y a Medea de su nuevo reino de Yolco.

Las hijas del rey fueron a acabarse a Mantinea.

Penélope y Nausícaa

(I)

Era costumbre que cansaban
los siglos,
y exigía que nos quedásemos a vivir en Laconia,
con mi gente,
pero Ulises me subió al carro
y arreó para Ítaca.
Papá,
pobre,
nos iba detrás,
jadeando,
me decía:
--¡Nena, nena...! ¿Dejarás tu casa,
mi casa?
--¡Sooo!
Mi marido novísimo paró el burro y,
sin siquiera mirar al *Veje* de entremés,
dijo:
--Te bajas ahora,
Penélope,
y te emparedas para siempre en lo de tu padre,
o me sigues.
Yo me bajé
el velo,
me daba vergüenza que papá me viese así, encendida
de amor.
--¡Arre! --dije.
--¡Mi niña! --suspiraba papá,
papá.
Dicen que plantó allí mismo un altarcito
al Recato.¹²

¹² Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 20, 10 – 11.

(II)

Ha alcanzado
roto,
sostenido por el velo de la Diosa Blanca (nuestra Virgen
del Carmen),
su penúltima playa. Oye
ruido de muchachas,
espía a su señora.

Nausícaa es la hija del rey, la princesa de este cuento
de hadas,
soltera, bonita
y graciosa.¹³
Viste peplo delicado¹⁴ y tiene,
como sus criadas y su madre, doña Areta, los brazos
cándidos.¹⁵

Dudaba uno (dudaron
Homero
y Ulises),
delante de ella,
si no sería diosa, segunda
Diana¹⁶
(el héroe, cuando regrese,
le rezará, ha dado su palabra, como a santa particular suya)¹⁷.

¹³ Homero, *Odisea*, VI, 109, 113, 142; VIII, 457.

¹⁴ Homero, *Odisea*, VI, 49.

¹⁵ Homero, *Odisea*, VI, 101, 251; 239, 232 – 233.

¹⁶ Homero, *Odisea*, VI, 15 – 17; 102 – 109; 149 – 169.

¹⁷ Homero, *Odisea*, VIII, 467.

Ulises suspiraba, hace esta niña a su padre
y a su madre
y a sus hermanos
afortunados muchas veces,
y
sí,
no habrá venturanza mayor
que la del hombre que,
ofreciendo en arras riquezas infinitas,
pueda tomarte por esposa
y llevarte con él
a su patria.¹⁸

Nausícaa lo contempla
(por primera vez en su *Odisea* ha querido bañarse
y ungirse con óleos
perfumados
sin socorro de dueñas o doncellas más o menos fantásticas,
y viste la túnica
y el manto recién lavados de su hermano mayor,
y sale de entre las cañas muy alindado por su madrina)
y se despulsa,
ay, el extranjero,
que parecía
feo,
se asemeja ahora a los dioses (¿será criatura
celestial?),
con uno así, si consintiera en hacerse habitación
fija
y feliz
en Esqueria,
en el alcázar de mi padre,
casaría yo.¹⁹

¹⁸ Homero, *Odisea*, VI, 158 – 159.

¹⁹ Homero, *Odisea*, VI, 205 – 245.

(III)

Penélope,
recién casada,
acuérdate,
cuando su padre,
corriendo detrás del coche de los novios,
le pedía que no se fuese,
que no se fuese,
se bajó el velo
para tapar el rubor
de su gana
y arreó.

Nausícaa,
más casera,
no quiso seguir a Ulises (¿se lo había insinuado él
disimuladamente?)
hasta Ítaca.

Viene Nausícaa de un mundo más antiguo
(más viejo),
menos contrario a la novia. Acaso
lo que echó a perder la historia de amor de Ulises y Nausícaa
fue este debate entre patrilocalidad y matrilocidad.
Que ninguno de los dos,
cabezones,
dejaría la casa
del padre (vale
la de su inseguro apellido).

Pero

Neleo, hijo de Poseidón, fundó Pilos
ovejera,
se casó con Cloris
e hizo en ella doce chicos
(el bruto Heracles le mató a todos menos a Néstor)
y una chica, Pero.

Todos sus vecinos pedían a Pero,
mas Neleo sólo la daría si le traían
en arras,
de Fílace,
la vacada maravillosa del forzado Íficlo.
Ninguno terminaba aquel trabajo.
El mago Melampo quiso alcanzar a Pero
con groserías,
y la afrentó mucho.
Luego, huyendo de la cólera de su padre,
el brujo llegó a Fílace,
mas Íficlo,
avisado por Neleo,
lo echó en hierros,
y sólo lo soltó al cabo de un año,
después de que acertase
exactamente
pronósticos que lo aumentaron mucho,
recompensándolo además con su ganado
con premio.

Melampo fue entonces, vaquero, a Pilos,
y ganó a la princesa y se la dio
luego
a su hermano,
que su estrella ordenaba que reinase
en Argos.

Dio además
muerte
a Neleo,
para vengar sus cárceles.

Sólo Sísifo supo la sepultura del rey,
y no se la reveló ni siquiera a su hijo Néstor,
pues estaba escrito en el cielo que fuese
secreta.

Las Prétides

Érase otro rey,
este Preto,
que tenía (también
él) tres hijas,
Lisipe, Ifínoe e Ifianasa.
Porque baldonaron a Dioniso,
o a Hera,
las tararon.
Peatonas
errantes,
recorrieron Argia,
Arcadia
y el Peloponeso
desatadas.
Preferían
los desiertos. Se imaginaban
vacas: mugían, temían
el yugo, se palpaban la frente buscando la sombra
de sus cuernos.
Desgraciaban su Casa, empastraban
su apellido.
Entonces Melampo, el mago,
se presentó ante el rey.
--Yo puedo curar a tus hijas --le dijo--,
pero tienes que prometerme una tercera parte de tu reino.
Preto no quiso,
y las princesas seguían estropeándose,
y fue a peor,
que las mujeres argivas, sus paisanas, desviadas
por la locura de las infantas,
mataban a sus pequeños, abandonaban sus hogares, las seguían
hasta los páramos.
Volvió Melampo a ofrecer su socorro al rey,
y esta vez exigió otro tercio para su hermano Abante.

Preto, para que no se perdiese
todo lo suyo,
accedió.

El brujo juntó a los hombres más capaces
y achucharon a las pobretas hasta encerrarlas en los corrales,
chillando y ejecutando danzas
ridículas.

Se gastó Ifínoe, la mayor,
pero sus hermanas sanaron,
y Preto las casó con Melampo y Abante.

Las Tespiades

Heracles, hijo de la última aventura de Zeus con mujeres mortales,
decidió (sería su primera
hazaña)
matar al león de Citerón,
que arruinaba las cabañas del rey Tespio.
Durante cincuenta días acosó a la fiera,
y a la noche era huésped muy regalado del rey,
en su finca,
en las faldas del monte Helicón (don Amor es su santo patrono).

Tespio, en su calidad de ganadero,
conocía la importancia de cruzar bien a sus borricas. Tenía
cincuenta hijas,
y quiso emplear al héroe de asno
garañón.

--Te mando a la mayor, verás que ella
te alivia de los trabajos de la caza,
--le dijo, pero cada noche le enviaba
una.

Heracles hacía
y deshacía
a palpas,
y no cayó en la cuenta
de sus montas.

Después de cubrirlas a todas
mató al león,
lo desolló,
y con su piel se hizo su famosa capa, y con sus fauces su yelmo famoso.

No,
no.
No fue así.
Heracles montó a las cincuenta hijas del rey Tespio
la misma noche,
a todas menos a una,
que no se dejó.
Turbado,
puso a ésta de novicia en una iglesuela que levantó
en la ciudad.
Como no has querido hacer la parte de maría, bufó, te quito
del siglo,
serás la marta de mi capilla,
mi meapilas.

Hijas más o menos seguras de Tindáreo

(I)

Cubrieron a Leda en su noche
de bodas
Zeus, mudado en cisne blanco,
y Tindáreo, su marido terrenal
y de ley,
y concibió, de éste,
a Pólux y Clitemnestra,
y del alzado avechucho
a Cástor
y Elena.

Tindáreo dio a Clitemnestra a Agamenón,
aunque le había matado su marido
primero,
con su pequeño. Y dio
a Elena
a Menelao.

--Las aumento --se defendía--, desposándolas con los Atridas,
mucho.

Fueron malcasadas
de cuento
(¿hace falta que diga a Egisto,
al príncipe de Troya?).

(II)

Tindáreo engendró en Leda, además, sin que mediasen
pájaros,
a Timandra y a Filonoe.²⁰

²⁰ Apolodoro, *Biblioteca*, III, 10, 6.

Timandra abandonó a su marido, Équemo, el rey de Arcadia,
y se fugó con Fileo.²¹

Sólo de Filonoe no conocemos
sus pecados.
De hecho, debió de ser dama virtuosísima,
puesto que Diana la hizo inmortal.²²

(III)

Fue que Tindáreo había faltado a Venus
y la diosa, para castigar su baldón,
hizo que sus hijas más o menos ciertas
le saliesen bordes.

Eurípides sacó a los teatros
al *padre* trágico.
Sus hijas se le maleaban,
desfamándolo.
Tindáreo hace al *Viejo*,
sale de negro,
rapado.
Guarda luto por Clitemnestra (es
su *parte*),
pero la odia por la especie de muerte que dio a su esposo.
Y desconoce
a Elena.
Se considera un hombre bienaventurado
en todo,
menos en sus hijas,
que han echado a perder
su apellido.²³

²¹ *Catálogo de las mujeres*, Fragmento 67, Estesícoro, citado por el Escoliasta sobre Eurípides, *Orestes*, v. 249.

²² Apolodoro, *Biblioteca*, III, 10, 6.

²³ Eurípides, *Orestes*, 249 ss.; 457 ss.

El único templo de dos pisos que supo Pausanias
está dedicado a Afrodita.
En la planta baja hay una imagen de la diosa armada.
En la parte superior de la iglesia vio
una figura tallada en cedro
que dicen que hizo Tindáreo
de Afrodita Morfo, “la Bella”,
velada,
y con grilletes en los pies.
Con eso se desquitaba,
sacándose la espina de los malos naipes
que había repartido a sus hijas.²⁴

²⁴ Pausanias, III, 15, 10 – 11.

Autoridades

Prólogo

Platón, *La República*, Libro III, I – II.

Afrodita

Hesíodo, *Teogonía*, 133 – 200.

Apolodoro, *Biblioteca*, I, 1, 3 – 5.

Juan Pérez de Moya, *Philosophía secreta*, III, 5.

Hijas que ofreció Agamenón para el rescate de Aquiles

Homero, *Ilíada*, IX, 145 y 287.

Capuces de negruras muy diferentes que arrastraban algunas de las hijas de Agamenón que calzaron coturnos

Esquilo, *Agamenón* y *Las Coéforas*.

Sófocles, *Electra*.

Eurípides, *Electra*.

Higino, *Fábulas*, CXVII, CXXII.

Sigmund Freud, *Sobre la sexualidad femenina*.

Alciones

(I)

Ovidio, *Metamorfosis*, XI, 410 – 750.

Higino, *Fábulas*, LXV.

Apolodoro, *Biblioteca*, I, 7, 4.

(II)

Homero, *Ilíada*, XI, 20 ss.
Apolodoro, *Epítomes*, III, 9.
Robert Graves, *Los mitos griegos*, 160, g, 12.

Antígona

Esquilo, *Siete contra Tebas*.
Sófocles, *Edipo rey*.
Sófocles, *Edipo en Colono*.
Eurípides, *Las fenicias*.
Apolodoro, *Biblioteca*, III, 7, 1.

Ariadna

Apolodoro, *Epítomes*, I, 8 – 10
Plutarco, *Vidas paralelas: Teseo y Rómulo*, XIX y XX.
Ovidio, *Cartas a las heroínas*, X.
Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 20, 3.
Pausanias, *Descripción de Grecia*, X, 29, 4
Ovidio, *Metamorfosis*, VIII, 174 s.
Homero, *Odisea*, XI, 321s.
Homero, *Ilíada*, XVIII, 590-606.
Higino, *Fábulas*, XLII y XLIII.

(Palas) Atenea (I)

Hesíodo, *Teogonía*, 886 – 900.
Heródoto IV, 180.
Apolodoro, *Biblioteca*, I, 3, 6.
Apolonio de Rodas, *Las Argonáuticas*, IV, 1309 – 1310.

(Palas) Atenea (II)

Tzetzes, *Sobre Licofrón*, 355.
Robert Graves, *Los Mitos Griegos*, 9. a.
Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, <<Palante>>, 4.
J. E. M. Noël, *Diccionario de mitología universal*, <<Palas>>, 3.
Apolodoro, *Biblioteca*, I, 6, 2.

Las hijas de Cócalo, el Siciliano

Apolodoro, *Epítomes*, I, 12 – 15.
Pausanias, *Descripción de Grecia*, VII, 4, 6.
Ovidio, *Ibis*, 289.
Higino, *Fábulas*, XLIV.
Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, VII, 169 – 170.

Criseida

Homero, *Iliada*, I, 9 ss.; 366 ss. 451 ss.

Dánae

Apolodoro, *Biblioteca*, II, 2, 1; II, 4, 1 - 4.
Pausanias, *Descripción de Grecia*, II, 16, 2 – 3; II, 23, 7.
Higino, *Fábulas*, LXIII, CLV, CCXXIV.
Iliada, XIV, 319.
Juan Pérez de Moya, *Philosophía secreta*, IV, 31.

Las Danaidas

Pausanias, *Descripción de Grecia*, II, 16, 1; 19, 6; 20, 7; 21, 1 y 2; 25, 4.
Higino, *Fábulas*, CLXVIII, CLXIX y CLXX.
Apolodoro, *Biblioteca*, II, 1, 4 ss.
Juan Pérez de Moya, *Philosophía secreta*, Libro V, cap. XII.
Virgilio, *Eneida*, X, 495 – 500.
Eurípides, *Orestes*, 872.
Eurípides, *Hécuba*, 886.
Esquilo, *La suplicantes*.
Ovidio, *Cartas de las heroínas*, <<Hípermestra a Linceo>>, XIV.
Robert Graves, *Los mitos griegos*, 60.8.

Las hijas de Eetes

Apolonio de Rodas, *Argonáuticas*.
Eurípides, *Medea*.
Hesíodo, *Teogonía*, 956 ss.
Séneca, *Medea*.
Plutarco, *Teseo*, 12.
Higino, *Fábulas*, 22 – 27 y 239.
Ovidio, *Metamorfosis*, VII, 1 ss.
Ovidio, *Cartas de las heroínas*, XII.
Apolodoro, *Biblioteca*, I, 9, 16; 23 ss.; *Epítomes*, V, 5.
Pausanias, *Descripción de Grecia*, II, 3, 6 – 11; VIII, 11, 2.

La hija de Équeto

Homero, *Odisea*, XVIII, 85 y 116; XXI, 308.
Apolonio de Rodas, *Argonáuticas*, IV, 1092.

Escila

Higino, *Fábulas*, CXCVIII.
Pausanias, *Descripción de Grecia*, II, 34, 7.
Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 19, 4.
Esquilo, *Las Coéforas*, 613 ss.
Apolodoro, *Biblioteca*, III, 15, 8.
Ovidio, *Metamorfosis*, VIII, 6 ss.
Virgilio, *Geórgicas*, I, 404 ss.
Virgilio, *Bucólicas*, VI, 74 ss.
Pseudo Virgilio, *La garza*.

Ifigenia

Higino, *Fábulas* XCVIII, CXX, CCLXI, CCXXXVIII, CCLXI.
Ovidio, *Metamorfosis*, XII, 24 – 38.
Antonino Liberal, *Metamorfosis*, 27.
Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 33, 1; I, 43, 1; II, 22, 7; II, 35, 1; III, 16, 7 – 11; VII, 26, 5; IX, 19, 6.
Eurípides, *Ifigenia entre los tauros*; *Ifigenia en Áulide*, *Electra*.
Esquilo, *Agamenón*.
Sófocles, *Electra*.
Apolodoro, *Epítomes*, III, 21 – 22.
Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, IV, 103.

Macaria Herculina

Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*.

Metra

Ovidio, *Metamorfosis*, VIII, 725 – 884.
Juan Pérez de Moya, *Philosophía secreta*, II, 14, 11.
Antonino Liberal, *Metamorfosis*, XVII.

Mirra, Harpálice y Nictímena

Mirra

Ovidio, *Metamorfosis*, X, 345s.
Apolodoro, *Biblioteca*, III, XVI, 3 – 4.
Higino, *Fábulas*, LVIII.

Harpálice

Higino, *Fábulas*, 206, 238, 239, 246, 253.

Nictímena

Higino, *Fábulas*, 253 y 254.
Ovidio, *Las metamorfosis*, II.

Palene

Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*.

Las hijas de Pelias

Ovidio, *Metamorfosis*, VII, 297ss.
Eurípides, *Medea*, 502 ss.
Hesíodo, *Teogonía*, 993 ss.
Higino, *Fábulas*, 12, 13, 24, 273.
Séneca, *Medea*.
Apolodoro, *Biblioteca* I, 9, 8 - 10; I, 9, 15; I, 9, 27.
Pausanias, *Descripción de Grecia*, V, 17, 9 ss.; VIII, 11, 1 - 3.

Penélope y Nausícaa

Apolodoro, *Biblioteca*, III, 10, 9.
Higino, *Fábulas*, LXXVIII.
Pausanias, *Descripción de Grecia*, III, 12, 1 – 2 y III, 20, 9 – 11.
Homero, *Odisea*, VI, 15 – 17; 49; 101 – 109; 113; 142 - 169; 205 – 251; VIII, 457; 467.

Pero

Homero, *Odisea*, XV, 225 s.; XI, 281 – 297; XI, 235 ss.;

Apolodoro, *Biblioteca*, I, 9, 8 - 9; II, 2, 2; I, 9, 11-12.

Higino, *Fábulas*, X.

Pausanias, *Descripción de Grecia*, II, 2, 2; X, 31, 10.

Robert Graves, *Los mitos griegos*, 72.

Las Prétides

Apolodoro, *Biblioteca*, II, 2, 2.

Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, IX, 34.

Pausanias, *Descripción de Grecia*, II, 7, 8; 9, 7 - 8; 16, 2; 18, 4; 25, 9; V, 5, 10; VIII, 18, 7 - 8.

Virgilio, *Églogas*, VI, 48 ss.

Las Tespiades

Apolodoro, *Biblioteca*, II, 4, 8 – 10; II, 7, 6 – 8.

Pausanias, *Descripción de Grecia*, IX, 27, 6 – 8.

Robert Graves, *Los mitos griegos*, 120, 1 – 3.

Higino, *Fábulas*, CLXII.

Hijas más o menos seguras de Tindáreo

Homero, *Ilíada*, I, 158; III, 426; *Odisea*, XI, 299.

Eurípides, *Helena*.

Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 18, 4; 33, 7 – 8; 41, 5; III, 20, 9; 24, 10 – 11.

Apolodoro, *Biblioteca*, III, X, 8 – 9; X, VI, 7; X, VII, 8.

Apolodoro, *Epítomes*, I, 23.

Plutarco, *Teseo*, XXXI.

Ovidio, *Cartas a las Heroínas*, XVII, <<Helena a Paris>>.

Higino, *Fábulas*, LXXVII, LXXVIII, LXXIX; LXXXI.

Catálogo de las mujeres, Fragmento 67, Estesícoro, citado por el Escoliasta sobre

Eurípides, *Orestes*, v. 249.